

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

- Romain Rolland. *El despertar nacional de la India y sus impulsores.*
 Fernando Santiván. *El tacho de don Banderas. (Cuento.)*
 Manuel A. Seoane. *Naturaleza económica del imperialismo norteamericano. I.*
 Carlos Keller R. *Primavera en el Valle Central.*
 Luis Silva Fuentes. *La organización universitaria argentina.*
 Domingo Melfi. *Panorama universal. La revisión después de la guerra.*

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

- Francisco García Calderón. *España docente.*
 José Vasconcelos. *Individualismo pero no incapacidad.*
 Magdalena Petit. *El estilo y la composición en la obra de Marcel Proust.*
 Manuel Ugarte. *La doctrina Monroe.*
 José Manuel Sánchez. *Sentido plástico de nuestra cultura.*
 Marta Vergara. *París y el centenario del romanticismo.*
 Manuel Rojas. *Orientaciones del arquitecto.*
 F. Ortúzar Vial. *Glosa del individualismo español.*
 Alfa. *Crónica de espectáculos.*

NOTAS Y DOCUMENTOS

LOS LIBROS:

Novela. *El Delator*, de Liam O'Flaherty, por Manuel Rojas.—*Le plan de l'aiguille, Les confessions de Dan Yack*, de Blaise Cendrars, por Ricardo A. Latcham.—*Los que teníamos doce años*, de Ernest Glaeser, por Manuel Rojas.—**Biografía.** *Byron et le besoin de la fatalité*, de Charles Du Bos, por Raúl Silva Castro.—*Los últimos años de Federico el Grande*, de Francisco Agramonte y Cortijo, por Carlos Keller.—**Crítica literaria.** *Literatura chilena con una antología contemporánea*, de Samuel A. Lillo, por Ricardo A. Latcham.—**Historia.** *Estado actual de la prehistoria ecuatoriana*, de Max Uhle, por Carlos Keller.—**Ciencias Sociales.** *El ocaso de un régimen*, de Luis Araquistain, por F. Ortúzar Vial.

DISPARATORIO

Precio: \$ 2.00 -- Abril de 1930

El estilo y la composición en la obra de Marcel Proust

PROUST ya pasó, Proust es uno de tantos y nadie lo toma ahora en cuenta.» Oír esta frase en París cuando hace apenas tres años que apareció el último volumen de su obra maravillosa, causa irritante sorpresa. Como se comprende, fué enunciada por uno de estos papagayos que repiten de café en café las estupideces que sueltan a tontas y a locas los grupitos de «fracasados» que se forman aquí y allá, los que, no pudiendo levantar una obra propia, emplean su tiempo tratando de derribar la ajena. Lo terrible es que estos grupitos son los que se agitan, meten bulla y salen resultando verdaderos vocingleros de la fama.

Para describir a este tipo del crítico (o, más bien, *crítico*) vocinglero, cuadran admirablemente las palabras de Nietzsche en su lapidario capítulo «De las moscas de la plaza pública» (*Así hablaba Zaratustra*) que por falta de espacio siento citar sólo fragmentariamente:

El cómico tiene espíritu, pero poca conciencia del espíritu. Cree siempre en aquello por lo cual hace creer más enérgicamente, creer en *él mismo*.

Mañana tiene una fe nueva y pasado mañana otra más nueva. Posee sentido rápidos como el pueblo y temperaturas variables.

Derribar: a eso llama demostrar. Volver loco: a eso llama convencer. Y la sangre es para él el mejor de todos los argumentos.

Llama mentira y nada a una verdad que no penetra más que en oídos finos. Verdaderamente él no cree más que en dioses que hagan mucho ruido en el mundo.

¿Pierde Proust al «no estar de moda»? Me parece que al contrario. No ha escrito para el populacho y está bien que el populacho reniegue de él.

Más que la frase: «Proust ya pasó de moda» me dolió oír un día: «¡Ay! Proust, qué regio!» No, Proust no puede, no debe ser ni «regio», ni «macanudo»...

Como queda aún un grupo de gente que lo lee todavía, sea por goce o para discutirlo, pero esto seriamente, cual conviene entre gente honrada, me permitiré hablar un poco de él, a mi manera, aunque ésta sea mala e indigna del gran tema que me solicita.

Nada me desconcierta tanto como oír o leer que la lectura de Proust es aburridora; que su estilo es pesado; que tiene «de longueurs désespérantes». Si se le lee materialmente, tan sólo, con los ojos, lo comprendo; pero si a cada palabra, a cada frase se le da su significado, ya no entiendo; pues pocos hombres han dicho más cosas interesantes y de una manera más concisa.

Para que no se me tilde de paradójica cuando me atrevo a afirmar que Proust tiene un estilo *conciso*, invito a reflexionar unos instantes sobre lo que es la *concisión del estilo*. A mí me parece que ella consiste en no emplear sino las palabras rigurosamente necesarias para expresar el pensamiento. Ahora, si el pensamiento es complejo, sutil, variado, simuoso; dominado constantemente por la perspectiva de una cuarta dimensión, el tiempo, que lo obliga a retroceder y adelantar, aludiendo al pasado y al porvenir junto con el presente, la frase podrá ser *larga*... y *concisa* A UN MISMO TIEMPO. Será larga por el hecho de abarcar muchas cosas; y concisa porque las dirá del modo más corto sin que nada le falte, sin embargo, para su comprensión exacta.

Esta frase larga de Proust tiene el original encanto de quitarle a sus penetrantes observaciones el carácter dogmático del aforismo (aunque contienen, ellas, toda la profundidad de los mejores). Ha venido a probar elocuentemente, además,

que no siempre lo corto es lo sintético, sino que proviene de lo esencial; y que, a veces, es el detalle lo esencial (y el detalle escondido: Lineo no reparó en la corola exuberante de las flores ni en el follaje de los árboles para llegar a su magnífica clasificación botánica.)

En Proust, la visión de la vida es, a un mismo tiempo, la de un hombre de ciencia, de un psicólogo, de un filósofo y de un artista que colaboran siempre; de manera que, al traducir cuatro versiones diferentes de un mismo tema, es natural que la escritura se prolongue, *sin que esto signifique prolijidad de estilo*, aunque sí de pensamiento. De aquí me parece provenir la confusión: se le achaca al estilo de Proust lo que se le debería achacar a su pensamiento (si es que se le pueda reprochar al pensamiento el ser profundo y vasto). Me imagino que ningún autor ha tenido más conciencia para pasar su frase por el tamiz hasta que ni un solo término sobre. Es el clasicista por excelencia. Nunca se le encuentra una redundancia; nunca un cliché, una frase de cajón, una sola palabra escapada al azar de la pluma o que venga a servir de relleno o balanceo musical a la frase. Jamás se contenta con un «à peu près». No se abandona, es siempre dueño de sí mismo y, en consecuencia, de su lector a quien domina completamente: es imposible leerlo con interpretaciones personales porque carece de toda vaguedad u obscuridad que las permitan. La consideración de esto me llevaría a afirmar una segunda *aparente* paradoja: Proust se distingue por la claridad del estilo. Es verdad que hay claridades que nos deslumbran porque nuestra vista es débil y preferimos, antes que acostumbrarnos a ellas con el fin de ver bien lo que iluminan, cerrar los ojos diciendo que no se ve nada o que todo es turbio.

Proust es difícil, sí; pero esto es otra cuestión. La ley del menor esfuerzo no rige para leerlo. No podemos, con él, soñar por cuenta propia: va, lámpara en mano, señalándonos su camino y diciéndonos cómo hay que mirarlo. Ahora, a nosotros nos toca tener los pulmones fuertes y el pie firme del buen excursionista, porque el viaje ha de ser largo, entre paisajes accidentadísimos y deberemos salvar los pequeños obstáculos de sus frases y escalar las montañas de sus «côtés» antes de alcanzar el maravilloso panorama de su pensamiento total.

La excepcional memoria de Proust ha sido su hilo de Ariadna, sin el cual no habría podido ejecutar los continuos movimientos de acercamiento y alejamiento necesarios para encerrar y dominar las distintas perspectivas de su construc-

ción gigantesca; sólo porque nosotros no poseemos igual memoria y al leerlo nos perdemos con frecuencia en el dédalo, primero de sus frases, segundo de sus «côtés», creemos a primera vista en la obscuridad de sus períodos y en la falta de unidad de la obra. Mas la composición de ella está en proporción y perfectamente adaptada al vasto tema que trata. Sería ridículo exigirle que se angostara a las antiguas medidas de las obras unilaterales que en nada se le pueden comparar porque ésta es completamente original y, por consiguiente necesitó crear su forma adecuada (o, más bien dicho, su forma iba implícitamente contenida en el fondo, como debe suceder siempre que los autores tengan la sinceridad y la audacia de hacer las cosas como deben y no al revés).

A *la recherche du temps perdu* este título, genial «trouvaille», no es fantasista como parece en el primer momento; no ha sido inventado para «epatar» al burgués. Se le ha impuesto al autor mismo que (hay que hacerlo notar) tiene la modestia de considerar al artista como a un *traductor*; no como a una especie de improvisador. Este irreemplazable título viene, una vez más, a probarnos el espíritu de síntesis de su autor: es la coronación magnífica de esta obra única.—MAGDALENA PETIT.